

Salvador Pérez Avilés

PREGON SEMANA SANTA - LA UNIÓN - 2006

Mañana de primavera en La Unión, un niño va de la mano de su padre y con su hermano, pasan por la glorieta de las flores, camino de la iglesia. Olor de claveles y otras flores. Mañana de Domingo de Ramos, todos vamos “de estreno”, ¡va a salir la Procesión de las Palmas!. El cortejo daba inicio, al comienzo de los 60, a la Semana Santa de La Unión.

Los hombres, con sus trajes oscuros y su palma rectilínea; los niños, con las palmas, más pequeñas y llenas de adornos y arabescos.

Al atardecer del Domingo de Ramos, la fugaz y corta “Procesión de la Samaritana”; lo único que recuerda la tierna memoria de ese niño, son unas túnicas blancas, y unos fajines en la cintura de color verde.

Aquellos domingos de Ramos, presagio de balcones engalanados con palmas; aquellos domingos de Ramos, donde, según la tradición, había que estrenar alguna prenda de vestir; aunque fueran los calcetines blancos, aconjuntados con los zapatos y pantalones de los niños.

Y.....la memoria de ese niño, que va de la mano de su padre y con su hermano, continuaba en el Jueves Santo, con la Procesión del Cristo de los Mineros.

Cortejo austero y serio que ese niño recuerda; largas filas de hombres (muchos de ellos mineros), con velas encendidas, con sus cotidianos instrumentos y herramientas de trabajo carburos picos , palas que ese niño, recuerda claramente, alumbraban con una pequeña llama. Esas filas, al niño le parecían interminables, infinitas. Al final de ellas, venía un único trono, sobre el que iba la imagen de un cristo crucificado: “El Cristo de los Mineros”.

La procesión recorre las calles de nuestro pueblo; pero el niño, sigue recordando, de manera especialmente intensa, estas filas de hombres, con sus velas y carburos, subiendo por una calle estrecha, empinada, completamente rectilínea; y como final de las dos filas de hombres, con sus velas y carburos, “El Cristo de los Mineros”.

Va subiendo la calle, con dificultad, la “cuesta arriba” se hace dura. Las voces de los padres y personas mayores van indicando, que hay que apagar la luz.

Impresiona al niño, la rotundidad de la imagen, hoy hecha memoria: la procesión subiendo la calle, las luces de la calle se van apagando, al paso del Cristo, “La Unión se va apagando”; sólo acompaña al cortejo la luz de velas y carburos, y la LUZ del Cristo de los Mineros, al paso de la procesión “se va apagando La Unión”, sólo queda la luz del Cristo.

Casi al final de la calle estrecha, empinada, se para el Cristo de los Mineros; a ese niño, nunca le impresionó nada en este mundo,

como esa parada del Cristo, frente al balcón de la casa; calle completamente apagada, silencio sepulcral, el niño estira el brazo y sus dedos quedan a escasos centímetros de los dedos de Jesucristo clavados en el madero. Nunca se ha sentido tan cerca física y mentalmente de lo que significa Jesucristo, tan cerca de su sufrimiento, de su rostro, tan cerca, tan cerca nunca olvidará aquella imagen, aunque ya hayan pasado más cantidad de años, de los que cualquiera quisiera acordarse.

A mitad de ese diálogo sordo, sin palabras, donde se entrecruzan las miradas del Cristo y del niño; donde los dedos del niño, apenas están separados unos centímetros de la mano de Cristo, crucificada en el madero. De repente, suena una voz ronca, seca, sin ningún instrumento que la acompañe, acaso un lejano tambor; es, la voz de un hombre rudo, que sale del balcón vecino, es la voz (recuerda el niño) de un minero que está cantando una saeta al “Cristo de los Mineros”. Son sólo tres o cuatro frases secas, acompañadas de unos “quejíos”, que se clavan en el alma y en el corazón del que escucha. Son sólo tres o cuatro frases, pero que siempre ha sido la oración, más sincera y más directa, de las gentes de este rincón del mundo.

Y al día siguiente, desde bien temprano, hay una actividad en la calle que no es normal, no es la actividad y el trasiego de los días normales de la semana; “¡ni siquiera!”, de los días de fiesta. No. Vemos una calle larga, estrecha y empinada, los vecinos y vecinas van sacando sillas y las van colocando en las dos aceras, estrechas, de la calle; al fondo, se oyen unos tambores y unos

sones de banda de música. Es la procesión del Viernes Santo, que ya está recorriendo La Unión.

Otra vez, el niño recuerda la subida de la calle estrecha, empinada, rectilínea; son los distintos pasos y tronos, que las personas y gentes de La Unión, de esta época, van sacando a la calle: “Jesús Nazareno”, “Verónica”, “San Juan”, “Dolorosa”, “Cristo de los Mineros”, “Caridad”, “Soledad”.

Al paso de esta procesión, en la mañana primaveral del Viernes Santo, el recuerdo que tiene presente el niño, es la dulce evocación de recoger caramelos; y ver el paso marcial del desfile, desde la acera de su calle. Una vez terminada, se recogen las sillas rápidamente, se ordenan un poco las casas, y todos suben a la calle Mayor, a volver a ver la procesión. Donde no solamente el pueblo entero, sino otras muchas buenas gentes, llegadas de los pueblos más cercanos, ocupaban la totalidad de las aceras y esquinas de la calle Mayor, para ver desfilar nuestros cortejos procesionales, doblar la calle del “Barato”, y recogerse en la Iglesia del Rosario.

En la noche del Sábado Santo, el niño sólo recuerda una procesión cortísima, muy breve, que pasa por la calle Tetuán; lo que más sigue recordando ese niño es la “Cruz Vacía”, que va recorriendo las distintas calles de La Unión. En aquel momento, no sabía, ni entendía, por qué una “Cruz Vacía” tenía que salir en una procesión.... Sábado Santo, brevemente, una cruz vacía , emocionaba a ese niño.

Han pasado unos cuantos años, el niño se ha convertido en un joven, son los años de las novias, de los escarceos amorosos, de las utopías. La Unión, el pueblo, también se ha ido transformando, poco a poco.

La Semana Santa de La Unión, quedó entonces reducida, a la procesión del “Cristo de los Mineros”, del Jueves Santo.

Sigue siendo como siempre, ó quizás no, ya no es como siempre, ya no quedan esas noches de primavera, donde sólo iba la imagen del “Cristo de los Mineros”, acompañado de la luz de las velas y los carburos; o quizás sí. Ya no suenan las saetas cantadas por los mineros, o quizás sí. Lo único que recuerda, igual que siempre, es que al paso del “Cristo de los Mineros”, La Unión se iba apagando, se iba apagando La Unión. La única luz que iba acompañando al “Cristo de los Mineros”, la única luz que iba acompañando al ocaso de un pueblo, de una ciudad, era la del “Cristo de los Mineros”; lo mismo que había ocurrido desde hacía tantos y tantos años, y nosotros, los hombres y mujeres de La Unión, no nos habíamos dado cuenta o no queríamos darnos cuenta, que este pueblo, se iba apagando y no queríamos o no percibíamos lo que estaba ocurriendo; y que el único que estaba siempre avisándonos, y el único madero que nos podía mantener a flote, y nos podía salvar, era el madero del “Cristo de los Mineros.”.

Han pasado otra serie de años, el niño que después ha sido joven, ahora ya es adulto, sigue siendo testigo de la marcha de La Unión, de la Semana Santa, de sus procesiones. Siempre con su memoria, siempre con su Cristo

Se ha abierto una nueva etapa en la Semana Santa, han vuelto a renacer nuestros desfiles procesionales. Un grupo de personas, de hombres y mujeres bien nacidos, y cuya reseña personal omitimos, porque cometeríamos erróneamente la injusticia de algún olvido, han sido quienes, con sus esfuerzos inconmensurables, han hecho renacer la Semana Santa en La Unión. Un grupo de personas, que con su ilusión, y su amor por este pueblo, han posibilitado, una vez más, esta nueva etapa en la Semana Santa.

Otra vez, nuestra memoria en marcha. De nuevo, las calles de La Unión dispuestas. Se abre paso, emotiva y sobriamente, la **Procesión del “Cristo de los Mineros”**. Encabezada, como siempre, por la imagen de **“Nuestro Padre Jesús”** (“El Nazareno”). Siempre con la cruz a cuestas. Cargando Jesucristo con nuestra cruz, con nuestros pecados, con nuestros problemas, con nuestra muerte, Jesús, siempre en nuestra ayuda; todo nuestro sufrimiento, lo podemos soportar, siempre que Jesús esté con nosotros, porque “El Nazareno”, no nos deja solos, y carga con todo aquello que a nosotros nos aplasta, con todo aquello que no nos deja vivir.

Y tras “El Nazareno”, la **“Verónica”**.-

Aquella mujer, que se acercó a Jesús, para limpiarle, y el rostro de Jesús quedó plasmado en la tela, en el lienzo, Mujer que nos va enseñando el rostro de Jesús. Si nosotros tuviéramos siempre presente el rostro de Jesús, si viéramos en el otro, el rostro de Jesús, ¡qué diferente sería nuestra vida!

Verónica, no te canses nunca de enseñarnos, de mostrarnos, el rostro de Jesucristo. Que se haga patente en el centro de nuestra vida, para que al ver el rostro de Jesucristo en el prójimo, podamos amarle.

Y, como testigo solemne, "**San Juan**".-

Siempre mostrándonos, indicándonos, el camino a seguir, las huellas que tenemos que buscar, que no son otras, que las de Jesucristo. Tantas y tantas veces, que en esta vida estamos perdidos, estamos desorientados, sin saber que hacer, sin saber como resolver lo que nos está pasando, sabiendo que no vivimos y no sabemos por qué. Si en esas ocasiones, si a lo largo de nuestra vida nos fijáramos en la imagen de San Juan, le obedeciéramos, y nos pusiéramos en marcha, en la dirección que nos indica, caminaríamos tras Jesucristo, y descubriríamos la Vida, con mayúscula.

En silencio, como nuestra buena madre, la "**Virgen Dolorosa**".-

Madre de Dios, que en estos momentos, el dolor te está atravesando, te está rompiendo el corazón. Tú sabes que tu hijo, que Jesucristo, es inocente, y lo estás viendo sufrir, como nadie ha sufrido. Está sirviendo de escarnio a todos los hombres, a toda la humanidad. Tanto se le ha golpeado, que está desfigurado. El dolor te está atravesando el corazón, pero no te está matando, no estás desesperada, no te sale ni ira, ni rencor, hacia los que están golpeando y martirizando a tu hijo. Y esto es así, porque tú sabes, tú conoces, que el sufrimiento de tu hijo, que el dolor que está

padeciendo, tiene un sentido. Tú sabes que es necesario que Jesucristo pase por todo ello, para salvar a todos los hombres, para salvar a la humanidad.

¡Cuántas veces!, madres de La Unión os habéis identificado con la Virgen; con su sufrimiento, con su dolor, y apoyándoos en ella; acogiéndoos a la Virgen Dolorosa, con vuestras oraciones, habéis podido soportar, también vosotras, vuestros dolores, vuestros sufrimientos, por el hijo que ya no está o por el marido que desapareció.

Ya aparece por la esquina, con su sobrio instrumental minero, **la “Virgen de la Caridad”**.-

Imagen que nos representa a la Virgen con su Hijo Jesucristo en su regazo. Es la madre que sostiene el cuerpo sin vida de su hijo. Como tantas y tantas veces, cuando era pequeño Jesús, su madre lo sostenía en el regazo, ahora ya adulto, sin vida, lo sigue sosteniendo. La Madre sabe que aunque humanamente, todo haya terminado, la misión de su hijo sólo acaba de comenzar, queda lo fundamental y más importante, la Resurrección. Por eso, la virgen no está hundida, no está derribada, ella sabe que lo mismo que está ahora sosteniendo a Jesús, va a sostener a toda la Iglesia, y es a la Iglesia Universal a la que está manteniendo. “Virgen de la Caridad”: eres la imagen del Amor; en todo su sentido de la palabra, eres la imagen del Amor de la Virgen, del Amor de la Iglesia a todas las personas de este mundo, a todos los hombres y mujeres, que están representados en Jesucristo.

Y otra vez, nuestro “**Cristo de los Mineros**”, va cerrando la procesión en la noche del Jueves Santo. Cristo que con sus brazos abiertos, quiere abrazarnos a todos nosotros. Nos quiere acoger, nos quiere proteger. Jesucristo, que desde lo alto de la Cruz, con su muerte, lo que ha hecho es salvarnos a todos. Él tiene que morir para que nosotros vivamos, con su muerte nos indica el camino hacia su Padre, el camino de la Vida.

Haciendo el recorrido habitual y de siempre, las distintas agrupaciones van acompañando la procesión con cirios, lámparas mineras, utensilios mineros (picos, palas, etc.), con los utensilios y luces tradicionales. Porque La Unión, vive su Semana Santa actual, con la mirada puesta en el ayer y en la tradición, pero con la otra mirada puesta en el mañana. Porque un pueblo sin tradición, sin memoria, sin historia, es un pueblo sin vida. Pero un pueblo sin mañana, sin futuro, sin ilusión, sin Fe, también es un pueblo muerto; y La Unión es, ante todo, una ciudad Viva.

Jueves Santo en La Unión cirios ..., carburos, silencio, y siempre, la Saeta. Oración, plegaría, que como su nombre indica (saeta - flecha), sale del corazón del que reza, del que la dice, del que la canta, directamente al corazón de Jesucristo, al corazón de la Virgen, al corazón del que escucha. Saeta, que tuvo su nacimiento en Andalucía; que llegó, acompañando a aquellas personas que vinieron a trabajar desde aquellas tierras a La Unión, donde todos los Jueves Santos se escuchan estas plegarias. No se conciben las procesiones en La Unión, sin que se escuche una saeta; lo mismo, que cuando oigo una saeta (esté donde esté), siempre me viene a la mente el “Cristo de los Mineros”.

Y, junto a nuestras saetas, seguro que compartiréis conmigo, cuantos hemos vivido desde dentro nuestra Semana Santa, como escenario especialmente significado, el impactante trazado del recorrido de nuestro cortejo. Cada vez que he vivido una procesión, tanto la del Jueves como la del Viernes Santo. Siempre se me viene a la mente, que voy haciendo el camino de la vida; vamos pasando por calles, unas veces vamos bajando, otras veces vamos por calles llanas, hay otras veces que vamos por calles “hacia arriba”, unas veces más empinadas que otras. Es lo mismo que la vida. A lo largo de la misma, unas veces, unas etapas, parece que todo se nos da hecho, sin que apenas nos cueste esfuerzo, todo va como “cuesta abajo”; hay otras épocas de la vida, que vamos, como por una calle llana, ni hacia arriba ni hacia abajo, se está como estabilizado. Por último, hay otras ocasiones, en que la vida se hace muy “cuesta arriba”; tanto, que es como esa calle que parece que nunca vamos a terminar de subir, como si nunca fuera a terminar. Y la vida es así, no hace falta que sea en este orden, pero sí que siempre nos encontramos “cuestas abajo”, calles llanas y calles “cuesta arriba”. Y en todas esas etapas de la vida, y en todos esos momentos, siempre, tanto Jesucristo como la Virgen, siempre han estado a nuestro lado, ayudándonos; unas veces, empujándonos hacia arriba, para superar la cuesta; otras veces echándonos el freno, en la “cuesta abajo”, para que no terminemos dando con nuestros huesos en el suelo. Pero siempre a nuestro lado. Siempre a nuestro lado.

En las procesiones pasa exactamente igual, no somos nosotros los que vamos acompañando a Jesucristo, a la Virgen, a las distintas

imágenes, son ellos los que nos van acompañando a nosotros, en nuestro caminar. Es Jesucristo y su Madre los que van pasando por las calles de La Unión, los que pasan por delante de nuestras casas, por delante de nosotros, de cada uno de nosotros, vienen en nuestra ayuda, y nosotros, a veces, no queremos darnos cuenta.

Y tras el Cristo de los Mineros, aun más en silencio todavía, llega el Viernes Santo. Se abre paso, la “**Procesión del Santo Entierro**”.

En este día, destaca la figura de la Cruz Vacía. Cruz que has llevado a Cristo Crucificado. Cruz de nuestra vida, la cual no podríamos soportar, si Jesucristo no estuviera sosteniéndola.

Y, junto a la cruz vacía, la mujer más humilde, “**María Magdalena**”.-

La mujer que lavó los pies de Jesucristo, los secó con sus cabellos, y los perfumó. Mujer, que a pesar de ser una pecadora, o más bien que siendo una pecadora hizo con Jesús, lo que ninguno de los otros, no teniéndose por pecadores, había hecho. Y ese gesto, ese amor hacia Jesucristo, fue lo que la salvó. Esto mismo es lo que está esperando Jesús de cada uno de nosotros, que tengamos un gesto, para venir hacia nosotros y acogernos, tal y como hizo con María Magdalena.

Junto a ella, “**San Juan**”, indicando el sendero de nuestra Fe. Y, de nuevo, el Cristo de los Mineros, ahora “**Cristo Yacente**”, que preceden, sin solución de continuidad, tan sobria como

rotundamente, a la imagen de nuestra Madre: **“Virgen de la Soledad”**.

Vosotras, mujeres de La Unión, sois las que mejor que nadie entendéis a “La Soledad”; ¡en cuantas ocasiones, os habéis sentido Una con ella!. No solamente las mujeres; también nosotros, los hombres, en tantas y tantas ocasiones nos hemos encontrado solos; aunque hayamos estado rodeados de amigos, de familiares, pero en nuestro interior, nos hemos encontrado con una profunda soledad. En esos momentos, también la Virgen viene a nuestro encuentro. La Virgen que, en ese momento de total soledad, superó su tragedia por medio de la oración, sin entrar en la desesperación; nos enseña que, en esos momentos, nos agarremos a la oración y pidamos a Dios.

Procesión austera, procesión silenciosa, sólo el sonido del tambor rompe la noche de la “Soledad” del Viernes Santo en La Unión.

Pero, hermanos cofrades, no podemos caer en un peligro que tenemos en La Unión. Al terminar el Viernes Santo, podemos pensar que como ya se han terminado las procesiones del Jueves y Viernes Santo, ya se ha terminado la Semana Santa. Y esto no es así, nos queda una parte importantísima. Jesucristo que murió en la Cruz, no se queda en la muerte. Y esto es lo fundamental para el cristiano, que Jesucristo murió por nuestros pecados, y resucitó por todos nosotros, por nuestra salvación. Y cada Semana Santa, cada Domingo de Resurrección, cada día, resucita por ti y por mí, por todos nosotros, para darnos la Vida Eterna, la Vida Plena que nos tiene prometida a todos nosotros.

Yo, os invito a todos a que nos preparemos para vivir una Semana Santa, que va a ser única para todos y cada uno de nosotros; y os invito, además, a que no la vivamos como una costumbre repetitiva. Es una Semana Santa, que viene para ayudarnos y para vivirla cada uno de nosotros.

Es el propio Jesucristo, y su madre la Virgen María, los que nos invitan a recorrer las calles de La Unión, es decir, o lo que es lo mismo, a recorrer nuestra Vida, en su compañía.

MUCHAS GRACIAS.

La Unión, 1 de Abril de 2006.

Salvador Pérez Avilés

A mi hermana
Eucarna, con todo
mi cariño.

A handwritten signature in blue ink, consisting of a large, stylized 'S' followed by 'Pérez Avilés' in a cursive script.